

Planes y programas de actuación

Teniente general Manuel Gutiérrez Mellado
Vicepresidente primero del Gobierno para
Asuntos de la Defensa

[Transcripción de la entrevista concedida al presidente de la Agencia EFE al cumplirse un mes de su nombramiento como vicepresidente del Gobierno, 24 de octubre de 1978]

PALABRAS CLAVE: Administración militar; Adolfo Suárez; Ceuta; Conflictividad militar; Defensa; Franquismo; Fuerzas armadas; Fuerzas de seguridad; Grupos terroristas; Guerra Civil; Justicia militar; Legislación militar; Lucha antiterrorista; Manuel Gutiérrez Mellado; Monarquía; País Vasco; Política antiterrorista; Política de defensa; Reforma militar; Segunda República; Terrorismo; Transición española.

¿Cuándo y cómo se enteró de que el presidente Suárez pensaba en usted como vicepresidente primero para Asuntos de la Defensa?

En la mañana del día 22 de septiembre recibí una llamada telefónica, indicándome que el Presidente del Gobierno quería verme. Acudí a su despacho y me pidió que aceptara dicho puesto en el que había cesado el teniente general De Santiago. Me explicó las razones de su petición, que contaba con la conformidad de Su Majestad El Rey, y acepté como un acto de servicio más.

¿Consideró las circunstancias especiales que concurren en el momento político español?

Conocía las directrices generales de la reforma política que se propone realizar el actual Gobierno, porque nos las expuso magistralmente el Presidente en la reciente reunión, seguida de amplio y cordial coloquio, que tuvo con los altos mandos militares, en la que se logró una compenetración general que considero ha sido muy beneficiosa para la Nación.

En cuanto a las circunstancias actuales a las que alude, son un acicate más para aceptar una entrega total en este nuevo puesto, como en cualquier otro para el que el Gobierno de Su Majestad el Rey tenga a bien designarme.

Tenga en cuenta que yo soy y seré siempre, por encima de todo, un militar.

¿Se cree capacitado para desempeñar este nuevo cargo?

A los militares no nos consultan nunca en este aspecto. El mando ordena y nosotros obedecemos.

Por otra parte, yo creo que, en cualquier puesto, lo que hace falta es ser consciente de la responsabilidad que encierra, subordinar el interés personal al general de la Nación, realizar el esfuerzo máximo de que sea uno capaz y actuar lo más honestamente posible, incluso con uno mismo.

¿Entiende usted de política?

Creo que entiendo lo suficiente para comprometerme en la Gran Política, que según ha expuesto el presidente Suárez, trata de lograr los grandes objetivos nacionales, tales como la defensa y lealtad a la Corona, la realización pacífica de este difícil periodo de transición y la consecución, lo antes posible de que España consiga una nueva, larga y benéfica época de paz en la que participen todos los españoles de buena voluntad, que también deben comprometerse activamente con ella.

En cambio, nunca he actuado, ni voy a hacerlo ahora, en la política como profesión, que creo corresponde a los políticos, tan respetable como cualquier otra actividad, sobre todo si está subordinada al bien del país, y no a los intereses personales.

Además, el Presidente me hizo saber, al responsabilizarme expresamente para «Asuntos de la Defensa», que es en este cargo, tan vital para la Nación, donde, de acuerdo con los ministros militares y siguiendo las directrices que marque el Gobierno, debo realizar mi esfuerzo principal, descargando en lo posible, previa delegación, al Presidente del Gobierno.

¿Dicen que es usted un general de talante liberal?

Desde que tomé posesión de mi nuevo puesto, han sido unos días de mucho trabajo y no he tenido tiempo de mirar el diccionario para ver el significado exacto de dicha palabra.

Pero yo creo que a mi edad y con una profesión como la mía, no hace falta calificarme con ningún adjetivo. Simplemente soy un militar que ama a España y al Ejército por encima de todo y que mi único deseo es servirlos lo mejor posible a las órdenes de nuestro Rey.

Ahora bien, no me importaría que me llamasen liberal si ello significa que admito que no siempre tengo toda la razón. Que estoy dispuesto al diálogo con todas las personas que sean dialogantes. Que estoy dispuesto a que no haya más luchas fratricidas. Que quiero que España sea de todos los españoles. Que considero suicida querer empezar otra vez desde cero, echando por la borda todo lo bueno que hasta ahora se ha conseguido. Que hay que mirar a nuevos e ilusionados horizontes, no anclándonos en ideas u organizaciones no fundamentales, que han sido superadas por las circunstancias en las que hoy vive una España joven, inquieta y trepidante que aspira a un mundo mejor y más justo.

¿Participó usted el 18 de Julio en el alzamiento contra la República?

Quiero adelantarle antes que nada que el Ejército no se sublevó contra una República, sino contra una anarquía, que es lo que había llegado a ser la España de 1936 y que amenazaba con llevar a una desintegración total a la Nación.

Aclarado esto, efectivamente participé en el alzamiento, sufriendo diversas vicisitudes, que me permitieron conocer directamente los hechos que se sucedieron a un lado y otro del frente de combate.

¿A qué atribuye usted el fracaso de la República?

La República vino por el fracaso y descrédito de los partidos monárquicos y de sus dirigentes. El Ejército, del que yo era cadete en la Academia General Militar de Zaragoza, vio con inmensa pena cómo Su Majestad el rey don Alfonso XIII, a quien sólo la historia puede juzgar su actuación pública, pero a quien nadie puede negar su amor a España, su cálida humanidad e impar caballerosidad, se vio abandonado por sus seguidores, incluso los más allegados, y decidió sacrificarse en evitación de un posible derramamiento de sangre española.

Pero aquella República, recibida con ingenuo entusiasmo por algunos, rechazada, sí, por otros, pero con cautelosa esperanza por muchos, fracasó también ruidosamente,

por culpa de unos y otros, pero muy principalmente por un sinfín de errores de los llamados republicanos. Sus mismos dirigentes, entre los que creo que había grandes patriotas, fueron al final completamente desbordados y no fueron capaces de evitar la situación caótica a la que se llegó en 1936.

¿Justifica usted entonces plenamente el 18 de Julio?

Efectivamente, el Ejército intervino para recoger el poder, que se estaba quedando en medio de la calle, de lo que es prueba, entre otras muchas, que, ante una incapacidad real de mantener la autoridad que exige un Estado de Derecho, las posiciones se radicalizaban cada vez más y la problemática política intentaba ser resuelta, fuera de toda acción legal, a tiros en las calles, situación que un país que quiera seguir siéndolo debe evitar a toda costa.

Pero la lucha que empezó entonces fue superada por una época de paz, aunque sea difícil restañar las heridas que produce una conmoción como aquélla.

Cada uno luchó por lo que era su ideal. Hoy hay que seguir adelante y pensar que aquello ya es historia y que es mucho y bueno lo que nos queda por hacer a todos los que quieren que España siga su camino sin odios ni rencores.

¿Coincide usted con algunos en que estamos en una situación análoga a la de antes del 18 de Julio?

Terminantemente, no. En primer lugar, el pueblo español recuerda aquella terrible experiencia y nadie medianamente sensato quiere repetirla. Además, se ha producido una evolución favorable del país que es inútil que algunos quieran ignorar. España, entonces, era un país subdesarrollado y hoy está en pleno desarrollo, con un aumento del nivel de vida y cultural realmente importante, aunque sea aún mucho lo que queda por hacer.

Sólo unas minorías, que persiguen objetivos muy claros y que pretenden mantener intereses muy particulares, o están poseídos de afanes revanchistas, pretenden convencer al pueblo español de que estamos igual que entonces.

Por otra parte, la sociedad internacional, incluso en el orden político, ha sufrido en estos años una tremenda transformación que forzosamente ha de repercutir en la sociedad española, concretamente en dicho aspecto político.

¿Cómo pediría usted a los españoles que enjuiciasen nuestra guerra?

Yo les pediría que, sin renunciar a los ideales propios de cada uno, todos diéramos por terminado aquel capítulo de nuestra historia y mirásemos con verdadera ilusión y esperanza la nueva etapa que ahora empieza, que debe ser continuación de la que se ha acabado, en todo aquello positivo que logró, y evolución, mejora e incluso rectificación de lo que sea necesario.

¿No podría concretar más este punto?

Trataré de hacerlo, pero para ello considero necesario sentar algunas premisas que pretendo sean lo más objetivas posibles. Tales son:

- *La lucha acabó con una victoria militar por la que no se va a pedir perdón, como pretenden algunos ahora.*
- *Ello no supone que los del otro bando que lucharon limpiamente en los frentes de combate, en defensa de sus ideales, no merezcan nuestra comprensión y nuestro respeto.*
- *El régimen que surgió como consecuencia de la victoria, con la legalidad que ella le otorga y ha otorgado en ocasiones análogas a otros países a lo largo de la historia universal, sólo podrá ser juzgado sin apasionamiento cuando hayamos desaparecido los que vivimos aquella etapa de la vida de España, que, por cierto, falta bien poco para ello.*
- *Cuarenta años de régimen no es una etapa transitoria para volver a empezar, sino un trozo vivo, real y fructífero de la historia de España.*
- *El respeto a la memoria del que fue Jefe del Estado español y Generalísimo de los Ejércitos en este periodo de tiempo, ha de ser aceptado por todos y piedra de toque para que la paz sea posible. Las críticas constructivas a los defectos de su Administración es otro tema.*
- *El ignorar este periodo y querer basar cualquier actividad política en lo que pasó en la guerra es no querer que la paz siga imperando en España.*

— *El olvidar nuestra guerra y el mirar hoy hacia adelante no supone entreguismo, claudicación, ni humillación para ninguno, sea cual fuera el bando en que luchó; sino, al contrario, paz donde antes hubo lucha; convivencia pacífica en vez de posiciones agresivas, y permanentes; cooperación en lugar de acciones contrapuestas; relaciones normales contra la dialéctica de la violencia. Todo ello encuadrado en un marco político nuevo que permita las discrepancias ideológicas, pero exigiendo y respetando unas reglas de juego iguales para todos.*

¿Quiere verdaderamente el pueblo español la paz o no la quiere? Si desea lo primero, hay que rechazar por unos y por otros todo lo que pueda impedir aquélla.

¿Cómo ve usted la situación económica?

Mis conocimientos en ese campo se limitan a los que puede poseer el ciudadano medio. Por ello sólo puedo decirle que, por lo que he conocido estas pocas semanas, aunque la situación es difícil, no es tan crítica como pretenden hacernos creer algunos agoreros, quizá presentándose como poseedores en exclusiva de las soluciones adecuadas. Pero no creo posible que la Nación salga adelante si todos y cada uno no estamos decididos a rendir al máximo en nuestro puesto de trabajo y a cumplir nuestras obligaciones de todo orden hacia el Estado.

¿Qué le ha parecido el Gobierno?

Mis primeras impresiones es que existe un «equipo» y al frente de él un verdadero capitán. Que está formado por hombres jóvenes, expertos, que no pretenden ser geniales, pero con un conocimiento y entusiasmo político que les hace que, apasionadamente, traten de cumplir el plan que se han propuesto realizar en esta etapa de transición, con una entrega y dedicación verdaderamente ilusionadas. He comprobado, por otra parte, que la mayoría de los grandes problemas con que hoy luchan son heredados, algunos de muy antiguo y con raíces profundas en errores iniciales, debido a muchas causas exteriores e interiores.

En síntesis, creo que saben lo que quieren y que están dispuestos a conseguirlo, a pesar de las dificultades y obstáculos que surjan o les pongan en su camino los que quieren que fracasen por muy distintas causas.

¿Y del Presidente?

Le conozco relativamente poco, pero desde el primer momento me he sentido completamente identificado con él. Yo no sé si se han dado cuenta los españoles de que, al frente del Gobierno, está un político nato, en el noble sentido de la palabra, que trata con todas sus fuerzas de jugar limpio y que, afortunadamente, reúne una inquebrantable serenidad, con una fabulosa energía, y que está dispuesto a realizar lo que ha prometido al pueblo español. Su decisión de llegar a puerto, es decir, cumplir el programa de la reforma que ha anunciado, creo yo que está basada en su convencimiento absoluto de que está cumpliendo el mensaje de la Corona y que, por tanto, es lo que conviene a España.

¿No cree usted que si lo logra pasará a la historia como un hombre de Estado excepcional y con la gratitud de todos los españoles?

Espero que no le choque a usted si le pregunto por el Ejército.

Mi opinión sobre este tema, por mi profesión y puesto que ocupó, es de gran responsabilidad. Pero quiero aclararle que la representación del Ejército, mejor dicho, de todas las Fuerzas Armadas, corresponde en total exclusiva a Su Majestad el Rey. Además, el ser vicepresidente para Asuntos de la Defensa no supone la menor intromisión en las responsabilidades que recaen sobre los tres ministros militares y, al nombrarles, quiero subrayar que mi compenetración con ellos, durante estas pocas semanas que llevo en el Gobierno, ha sido y es total. No podía menos de suceder dada la categoría humana y profesional de cada uno de ellos y nuestra amistad personal desde siempre. En cuanto a cómo me han recibido, sólo puedo decirle que se han ganado mi emocionada gratitud.

En cuanto al Ejército, yo adelantaría una idea, aunque sea con criterio únicamente personal, que desde hace tiempo me obsesiona. A mí me gustaría que nos dejaran un poco más tranquilos. Se ha venido haciendo referencia a los Ejércitos con frecuencia excesiva, incluso cuando ha sido para alabarnos.

Los militares queremos dedicarnos a nuestro único oficio, que es el de las armas, y deseamos que el país resuelva sus problemas de todo orden incluidos los políticos, utilizando los medios e instrumentos estatales que posee. Entiendo que la mejor cooperación que las Fuerzas Armadas pueden prestar a la resolución de dichos problemas, conscientes de su alta misión, es el respeto a cualquier opción válida, sin entrometerse en actividades que no le correspondan.

El Ejército, los Ejércitos, son de España y no de un grupo o de una tendencia, por muy mayoritarios que puedan ser.

¿Cómo ve los problemas de la Defensa?

La Defensa, como en todos los países, tiene grandes problemas que resolver y yo vengo con la esperanza de cooperara a su resolución, con la ayuda de los ministros militares, del resto del Gobierno y de todos los españoles.

El momento actual es del mayor interés, pues, por una serie de circunstancias, es evidente que comienza una nueva etapa y que es preciso tomar bien la salida y aprovechar al máximo las posibilidades que se nos ofrecen.

En un reciente informe que dirigí siendo todavía Jefe del Estado Mayor Central, con el visto bueno de mi Ministro, a todas las unidades del Ejército de Tierra, exponía los propósitos del Mando y señalaba los problemas más importantes a resolver y nuestra decisión de lograrlo.

No es un documento confidencial y creo que está en poder de los medios de comunicación y no me importaría que lo conozcan todos los españoles que se interesen y quieran al Ejército.

En definitiva, es un alegre «toque de generala» moral, pidiendo a todos mis compañeros su máximo esfuerzo para lograr entre todos un Ejército moderno, reflejo de la actual sociedad española, orientado a la cooperación con el mundo libre, ajustado a los medios que la Nación pueda proporcionarnos, pero que sea capaz de lograr la máxima capacidad operativa para constituir un potencial seriamente disuasorio contra todos los que quieran amenazar a nuestra Patria.

Creo que le obsesiona la unión entre los cuadros de mando del Ejército.

Totalmente, y para contestarle vuelvo a mi informe, en que digo: «No se trata de la unidad de doctrina —indispensable también—, sino de una unión, sin fisuras, real y efectiva, desde los más altos grados del generalato al empleo de sargento, con el que se inicia honrosamente la incorporación al Cuerpo de Suboficiales. Ha de estar basada primordialmente en nuestra disciplina, rechazándose fulminantemente cuanto pueda ir contra ella o pretenda, incluso, rozarla. Ha de ser, al mismo tiempo, una comunión espiritual, amistosa, basada en el compañerismo dentro de la jerarquía, pero sin baches generacionales, ni diferencias porque se proceda de distintos orígenes, cuerpos o escalas, para lograr que nuestro Ejército sea un bloque monolítico verdadero».

Sin embargo, en estos últimos tiempos han saltado a los medios de información ciertos hechos que parecen señalar, por lo menos, diferencias de criterio en el seno del Ejército.

Es lógico y natural que existan criterios personales distintos entre los cuadros profesionales del Ejército y perdone usted que vuelva otra vez a mi informe: «Ello no supone que cada uno tenga aisladamente sus opiniones y su criterio propio en toda clase de asuntos (no vamos a ser ciudadanos de segunda), pero mientras llevemos nuestro uniforme debemos olvidarnos de todo aquello en cuanto entremos por la puerta de nuestros cuarteles. El que no se sienta capaz de esto y tenga unos ideales tan imperiosos que, según él, sean superiores a lo que exige el Ejército, debe abandonar éste y muy honrosamente, por cierto».

Pero esté usted seguro, y que lo sepan todos los españoles, que las Fuerzas Armadas rechazan y rechazarán cuanto atente a su disciplina y a su unión, garantías básicas de su eficacia, y que mantienen un elevado espíritu de servicio y sacrificio que las hace estar siempre dispuestas a cumplir su alta misión de defender a la Patria contra cualquier peligro grave que la amenazara.

Sin embargo, como no quiero eludir el fondo de su pregunta, le diré que, efectivamente, ha habido ciertas actitudes y declaraciones que pueden haber inducido a confusión a la opinión pública, seguidas de decisiones de carácter administrativo, como no podía menos de suceder.

Ante una posible extralimitación en su actuación de dos prestigiosos generales, el Gobierno ha decidido que por el Ministerio del Ejército se realicen los trámites necesarios, de acuerdo con la legislación vigente, para que, en cuanto proceda, se tomen determinadas medidas administrativas, trámites que actualmente se están

cumpliendo. Creo que, con ello, el Gobierno cumple con el deber indeclinable de mantener el principio de autoridad, deber que le impide ignorar la existencia de una posible falta.»

No me extraña que aireen el hecho, en un torpe intento de sembrar confusión, los que siempre trataron de producir la escisión de nuestros ejércitos.»

Lo que sí me resulta profundamente doloroso es que sea tomado como bandería, con claros fines políticos, por algunos que siempre proclamaron una inquebrantable adhesión a nuestras Fuerzas Armadas y que tan acertado y respetuoso silencio supieron guardar ante medidas similares aplicadas, en tiempo todavía no muy lejano, a generales de igual o mayor prestigio.

¿Le preocupa el orden público?

Mi preocupación es la del Gobierno y puedo asegurarle que está decidido a mantenerlo a toda costa, pues, sin él, no hay libertad y no se puede tolerar que unas minorías intenten hacer fracasar la convivencia pacífica. Pero también está dispuesto el Gobierno a conseguirlo con un sentido de estricta justicia, pues la Ley ha de ser igual para todos, decisión que es conveniente conozcan todos los agitadores o grupos que están llevando la violencia a la calle.

Yo pediría al pueblo español que continúe manteniendo la serenidad que ha venido demostrando hasta ahora.

Para mí, por muy alto que pudiera ser un ideal político, no puede tratar de imponerse a un Estado de pleno Derecho por la fuerza, el chantaje, la intimidación y el terrorismo. Desgraciadamente, la sociedad de consumo que nos ha tocado vivir es muy vulnerable, en cuanto a sus ciudadanos aislados.

Esta tragedia azota actualmente a muchos países y tenemos que sufrirla nosotros también y luchar contra ella hasta erradicarla totalmente. El Gobierno está dispuesto a dar serenamente la batalla con todos sus medios, mejorándolos cuanto haga falta y sólo pide el total apoyo de la sociedad. Ello no quita que, al mismo tiempo, no contemple estos problemas desde un punto de vista político y esté dispuesto a hacer cuanto sea preciso para eliminar cuanto pudiera aparecer como causas más o menos justificables en que pretendieran apoyarse aquellas violentas acciones.

Pido a Dios que no haya jamás otras víctimas, pero si la pasión violenta las hiciera, aparte de que la Ley caiga sobre los culpables, España podrá sentir un inmenso dolor, pero es absolutamente preciso que conserve la serenidad.

Las Fuerzas de Orden Público —a las que nunca pagará España el sacrificio que vienen ofreciendo—, personalidades políticas, e incluso víctimas indiscriminadas, han pagado con su vida el odio de los que, trágica y equivocadamente iluminados, sólo creen en la violencia.

Pero el pueblo español no puede hacer el juego a los que así actúan. Quieren conseguir la escalada del terror, reacciones airadas y violentas, la desmoralización de la sociedad, la rotura de los resortes de la autoridad, que el Gobierno pierda su equilibrio, provocar que alguien tome la justicia por su mano, es decir, la crisis del poder y de la Nación.

Pero para ello es preciso que estos trágicos sucesos no puedan ser manipulados por determinados grupos políticos para justificar una actitud de rebeldía contra el Gobierno.

Es un espectáculo bien triste ver cómo restos mortales, que debían ser sagrados, y ceremonias religiosas, en las que nadie reza, quieren convertirlos en pancartas y palancas políticas para sus fines partidistas.

Condene a los culpables toda la Nación, todos sus estamentos, todos los españoles de bien, sean de la tendencia política o social que sean, para que aquéllos se convenzan de que los repudia el país entero y de que éste no se les va a rendir.

El Gobierno quiere que se le combata en la lid política con todas las armas legales y válidas, pero cada vez que pase algo tan horrendo como que la sangre de un español, sea quien sea, es derramada por la violencia, necesita que partidarios y adversarios de su política le den su aliento y apoyo.

Que cuando aquello ocurra, todos callen. Que no haya más discursos, ni homilías, ni arengas, ni manifestaciones. Que los creyentes recen de verdad por las víctimas y los que no lo sean les rindan su respetuoso recuerdo. Pero que un silencio total invada a España entera como homenaje a su sacrificio y como repulsa total para los culpables, al mismo tiempo que nuestra decisión de acabar con la violencia sea cada vez más fuerte.

Pasando a un tema menos emotivo, ¿cómo se explica que no siendo político, haya tenido tanta resonancia su nombramiento y que, por otra parte, venga sonando su nombre desde hace meses para miembro del Gobierno?

No sé cómo explicarlo y, antes de nada, quiero expresar mi agradecimiento profundo a los medios de comunicación nacionales, e incluso extranjeros, por la atención y comentarios, en mi concepto exagerados, que han dedicado a mi persona.

Quizá la clave podría ser una frase que me dijo una ilustre personalidad política: «A la fuerza de no ser político, se es político».

Pero quiero señalar también que ciertos errores de bulto, ciertas exageraciones y cierta insistencia en presentarme con determinadas etiquetas, dada mi condición de militar, han producido cierta confusión y resultados perjudiciales.

Así, por ejemplo, mi carrera no ha sido «meteórica», sino por sus pasos contados, no habiendo obtenido un solo ascenso que no me haya correspondido con ocasión de vacante y por antigüedad. Llegar a teniente general a los sesenta y cuatro años le aseguro que es prueba de que los mandos de nuestro Ejército son más viejos de lo que deberían ser. Mis cambios de destino han respondido a las necesidades del servicio y consiguientes decisiones del Mando.

Mi destino a Ceuta se ha presentado por algunos medios de difusión como una especie de castigo o intención de alejarme de Madrid, cuando la exacta verdad fue una prueba de confianza que me dio el entonces Ministro del Ejército, con la conformidad del Gobierno y del Jefe del Estado, que jamás puso la menor dificultad —¿por qué iba a ponerla?— a mis ascensos reglamentarios.

Algo parecido ha ocurrido con tantas interpretaciones que se han dado a mi entrada en el Gobierno, cuya única y simple explicación es que el Presidente ha creído que era la persona idónea para este puesto cuando se produjo la salida del Gobierno de mi antecesor.

Estas interpretaciones, unido a la triste enfermedad del «rumor» que venimos padeciendo últimamente los españoles, avivadas por la pasión política de grupo y por personas, que sin un verdadero conocimiento de causa rechazan a los que no comulgan exactamente con sus ideas, me han hecho pagar ya un triste tributo de ver mi persona y sentimientos intencionadamente deformados. Además ha habido informaciones sin ningún fundamento, lanzadas por cierta prensa internacional de gran prestigio, con

una ligereza que nada bueno dice en su favor, que hacen pensar que carecen de ética profesional o que se dejan embaucar por informadores tendenciosos.

Una vida de sesenta y cuatro años dedicada al Ejército, una actuación en puestos de responsabilidad, mis hechos, mis palabras en público y en privado, no pueden, afortunadamente, ser tergiversadas por la estupidez, la envidia o la maledicencia. Pero calumnia, que algo queda...

La exageración de algunas frases, que lanzan personas malintencionadas o insolventes, como por ejemplo «que mi propósito es destruir al Ejército» o que se intenta «retirar a más de mil jefes y oficiales», no pueden ser aceptadas, incluso por las mentes más ingenuas, pero siempre hacen daño.

Si de Jefe del Estado Mayor Central, mi objetivo principal era una unión completa entre los mandos del Ejército, la mayor responsabilidad de ahora tampoco mira a otro norte que el de lograr la unión más estrecha posible entre todos los españoles.

Pero, en definitiva, tratando de darle una explicación de la aceptación, excesivamente benévola, pero que, por tanto, compromete, que evidentemente yo he notado, procedente de muy distintos rincones de España, de amigos y desconocidos, de los medios de difusión en general, e incluso de personalidades y grupos políticos de muy diferentes sentencias, me hace preguntarme si la razón de todo ello no estará en que, sin darme cuenta, lo que he tratado de hacer y decir es precisamente lo que coincide con lo que desea la mayoría de los españoles.

Esto es:

- Que no vuelva jamás la lucha armada a nuestro suelo, sobre todo si es entre españoles.*
- Que impere la moderación y el diálogo, y no los extremismos radicalizados de cualquier signo.*
- Que no queramos romper con el pasado para aprovechar y continuar lo que fue beneficioso, justo y bueno.*
- Que miremos, además, hacia el futuro con esperanza, ganas de hacer y alegría.*
- Que aceptemos que ninguno tenemos toda la razón, sino sólo parte.*
- Que no queramos, ni admitimos, ni vamos a aceptar la violencia para resolver ningún problema.*

- *Que nuestra sociedad tiene que ser más justa, sobre todo en lo social, si es preciso cediendo a favor de los más débiles.*
- *Que la participación de todos sea equilibrada, pero cada vez mejor en el aspecto político, económico y social.*
- *Que logremos, en el concierto de las naciones, el puesto que merece España.*
- *Que todas nuestras regiones, satisfechas en sus anhelos tradicionales, se sientan orgullosas de ser España.*
- *Que nuestras Fuerzas Armadas, unidas, fuertes y conscientes de su elevada misión, sean médula y carne de la Nación.*
- *Que el difícil paso de un régimen personal a otro de participación sea hecho sin violencias y aceptado como tarea a realizar por todos los españoles.*
- *Que ayudemos con nuestra adhesión, nuestra lealtad y nuestro entusiasmo a nuestros Reyes, que tan maravilloso ejemplo, en todos los órdenes, nos están dando.*

Algo más, mi General.

Perdón por la extensión de mis respuestas, en las que he volcado mis sentimientos, totalmente sinceros, pero que van respaldados por una decisión inquebrantable de luchar donde me toque con todas mis fuerzas para que España siga adelante, pese a quien pese.